Leer
Entre Líneas 38
Noviembre 1999

Elogio del trabajo doméstico

Con razón se lamenta a menudo que el trabajo doméstico no se estima como merece. Para despertar a la opinión pública y a los gobiernos, a veces se hace notar que, sin esa labor no remunerada que realizan los padres, el bienestar y la riqueza de cualquier país serían muy inferiores. Pero como las tareas domésticas no entran en el cálculo del producto interno bruto (PIB), no se tiene en cuenta la contribución de las familias a la prosperidad de todos.

Se trata de un argumento repetido últimamente por diversas asociaciones familiares, que nos descubren cómo engordaría el PIB si se contaran las labores domésticas. La manera de saberlo es calcular cuánto habría que pagar a personal ajeno a la familia para que hiciera el trabajo que los padres, *gratis et amore*, cargan sobre sus hombros.

Indudablemente es necesario que las tareas domésticas se valoren como merecen. Más, para eso, lo que nunca deberíamos hacer es ponerles precio. Eso supone hacer el juego al enemigo, ceder a la misma mentalidad que desconoce la inmensa aportación de las familias a la sociedad porque sólo sabe estimar lo que se paga.

Nadie ignora que las labores domésticas de los padres reportan beneficios económicos generales. Pero su valor no consiste en ellos, sino en que son actividades sin "producto", sin transacción: amor que no pide sueldo, cuidados no mercenarios, desvelo sin vacaciones.

No veo sentido a medir lo que vale el trabajo doméstico suponiendo que la familia no lo hiciera, porque la familia no tiene recambio. Un ama de casa, es cierto, incurre en unos costes de oportunidades, y su renuncia a rendimientos profesionales permite al marido incrementar los propios. Pero de eso no se habla hasta el proceso de divorcio. Mientras la familia existe, "produce" ingentes rendimientos intangibles en forma de crecimiento de las personas. Cuando se ha roto, que discutamos de dinero es señal de que se nos ha esfumado lo más valioso.

Si con vistas a que se valoren justamente las labores del hogar, las traducimos en PIB, la batalla está perdida. La estrategia necesaria no es hacer apología de las tareas domésticas en los términos que la sociedad materialista entiende, sino lograr que la sociedad aprenda otro lenguaje. En vez de calcular cuánto costaría pagarlas, ¿por qué no emplear otra hipótesis más adecuada? Quien haya disfrutado de un hogar, quien haya recibido las finezas de unas manos maternas, puede preguntarse qué sería de él si de niño hubiese sido acogido en un eficiente orfanato o ahora tuviese que pasar las gripes en una pulcra residencia. Con muchas personas sin familias, habría más empleo, pero menos humanidad. Para hacer el merecido elogio del trabajo doméstico, mostremos que su gran aportación no es al PIB, sino a la dignidad de la vida. No lo midamos en dinero: eso es degradarlo.

Rafael Serrano

SUMARIO

"La anorexia es una enfermedad de origen cultural" / 2
Dame un hombre de verdad / 5
Reirse, ¡Qué saludable! / 6
Heroísmo hasta el final / 9
Superar la infertilidad puede ser una aventura / 10

"La anorexia es una enfermedad de

El Dr. Aquilino Polaino-Lorente, psiquiatra, destaca la necesidad de cambiar el modelo estético femenino.

La extensión de la anorexia nerviosa en los países occidentales se ha convertido en un serio problema de salud pública. Muestra de ello es el primer congreso mundial sobre esta enfermedad, celebrado en Bilbao durante la segunda semana de julio. Este artículo reproduce una entrevista con el Dr. Aquilino Polaino-Lorente, catedrático de Psicopatología de la Universidad Complutense (Madrid), que posee una larga experiencia en el tratamiento de pacientes anoréxicos, donde explica las raíces de esta patología, cómo se combate y qué hacer para prevenirla.

– ¿Podría describir brevemente en qué consiste la anorexia?

– La anorexia es una enfermedad compleja. Por una parte, es muy sensible a los modelos culturales vigentes, y aparece a edades tempranas, cuando el sujeto es más vulnerable a la influencia de esos modelos. Por otra parte, los síntomas son múltiples. El más evidente es el trastorno de la conducta alimentaria; pero va unido con otro más profundo: un trastorno de la percepción del propio cuerpo, con manifestaciones psicóticas, como fobias contra determinadas zonas corporales. A esto se añade, casi siempre, un cuadro depresivo. Finalmente, se da un tercer cuadro: un trastorno obsesivo grave, que no suele referirse sólo a comida, sino a otros aspectos de la vida, como el estudio: los pacientes anoréxicos son, por lo general, rígidos y perfeccionistas.

Para completar la descripción, hay que señalar que la anorexia es una enfermedad grave, con tendencia a hacerse crónica, muy destructiva de la personalidad y de la salud física.

– ¿Por qué se extiende la anorexia?

– Por el modelo estético corporal que impera en Occidente. Hace treinta años, cuando la publicidad y la moda no presentaban la delgadez como el tipo ideal, la anorexia era muy rara. Por otra parte, en África esta enfermedad no existe.

La anorexia es una enfermedad de origen cultural. Aparece por la presión que experimentan tantas personas –sobre todo muchachas jóvenes, que son las más vulnerables– para adecuarse al canon creado por la moda.

– ¿Tanto influye la moda?

– Estoy convencido de que si la moda y la publicidad presentaran otro canon de belleza física, en

origen cultural"

poco tiempo los casos nuevos de anorexia bajarían a la mitad.

Actualmente se pide a una joven: primero, que sea bonita; segundo, que tenga buen cuerpo; y si no tiene ni aquella ni esta cualidad, se le aprecia por su simpatía o tal vez por su inteligencia.

Esto no es acorde con la naturaleza: una adolescente puede dar de sí mucho más que simple atractivo físico. Pero a las jóvenes no se les enseña a valorarse como merecen por esa u otras cualidades semejantes, y se les obliga a adecuarse a un modelo físico artificial y dañino.

– En el congreso de Bilbao se ha insistido en que muchos casos de anorexia pasan ocultos. ¿Cómo se pueden detectar?

Quien sufre anorexia no es capaz de reconocer que tiene una enfermedad hasta que el tratamiento está muy avanzado. Puede ver modelos anoréxicas en televisión, pero pensará que no es su caso, que su problema es de obesidad. Por eso es importante detectar el mal cuanto antes. Es una pena ver que muchas muchachas anoréxicas llegan por primera vez a la consulta cuando ya han perdido mucho peso e incluso llevan varios meses sin menstruación. Cuando las funciones biológicas se han alterado hasta ese extremo, se ha perdido un tiempo precioso, y la curación resulta mucho más lenta y difícil.

Hay que conocer los indicadores de riesgo que permiten identificar el problema cuando está en los comienzos. Primero, conviene saber que las personas más inteligentes que la media tienen mayor peligro, porque tienden más al perfeccionismo y son más vulnerables a las obsesiones. La existencia de antecedentes en la familia supone un 25% más de probabilidades de padecer anorexia. Otra señal de peligro es compararse continuamente con compañeras o compañeros en tipo, peso y aspecto. Hay también conductas típicas que delatan, con gran seguridad, a quien empieza a padecer anorexia. Si los padres difícilmente logran saber cuándo y qué come su hija, si ven que a menudo alega malestar digestivo para no comer o comer poco, que elige minuciosamente los alimentos o que con sumo cuidado aparta en el plato ciertos ingredientes, deben llevarla al psiquiatra.

– ¿Cómo combatir la anorexia?

Lo principal es prevenir, y esto exige, como ya he dicho, actuar contra la difusión de los cánones estéticos perjudiciales. Se necesita también actuar en la escuela, para identificar a las jóvenes con riesgo de anorexia y hacerlas pasar por programas preventivos. E impartir educación alimentaria a todos los escolares sería muy útil.

Pero la familia es la que más puede hacer. Tiene que proporcionar una dieta normal, completa y equilibrada, y acostumbrar a los hijos, desde pequeños, a comer lo que les pongan, sin caprichos. Esta sencilla y sabia norma educativa, que los padres tradicionalmente han practicado, es una magnífica defensa contra la anorexia. En cambio, una familia de hábitos alimentarios caóticos, en la que cada uno come por su cuenta, y permite que los niños abran la nevera a deshora y coman cuando y lo que se les antoje, favorece el riesgo de anorexia.

La propia identidad

Conocerse a uno mismo permite al hombre convertirse en el artífice de su propia vida.

Mientras lees este artículo, trata por un momento de tomar distancia sobre ti mismo. ¿Puedes mirarte a ti mismo como si fueras otra persona? ¿Puedes definir, por ejemplo, el estado de ánimo en que te encuentras, tu carácter, tus principales defectos o cualidades?

Piensa en cómo ha trabajado tu mente ante esas preguntas. Su capacidad de hacer eso que acaba de hacer es específicamente humana. Los animales no la poseen. Esa autoconciencia nos permite evaluar y aprender de nuestros propios procesos de pensamiento. Gracias a ella, también podemos crear, reforzar o rechazar nuestros hábitos personales, nuestro carácter, nuestro modo de reaccionar ante las cosas.

Usar con acierto de este privilegio humano nos permite examinar las claves de nuestra vida: conocerse a uno mismo permite al hombre convertirse en el artífice de su propia vida. Le hace posible vivir en clave de autenticidad. Pone a su alcance esa posibilidad, tan decisiva, de ser fiel a lo mejor de uno mismo, de vivir la propia vida como protagonista y no como un mero espectador.

El autoconocimiento supone siempre una labor ardua y que, en cierta forma, no acaba nunca. Nunca acabaremos de conocernos del todo: el hombre tiene algo de misterio, siempre hay algo de él que se le escapa, que va más lejos de su propia inteligencia. El hombre cuando dirige su mirada hacia sí mismo muchas veces tiene que dejarse llevar por suposiciones. Intuye la dirección por donde debe dirigirse a la meta. Podríamos decir que tiene de sí mismo un conocimiento progresivo. Porque tampoco sería cierto hablar de desconocimiento. Quien se esfuerza por conocerse, lo logra.

Y son precisamente las circunstancias de dificultad, si se saben afrontar juiciosamente, las que pueden dar lugar a marcos de referencia nuevos, a cambios fecundos en el modo de entender la propia vida, cambios a través de los cuales podemos ver el mundo, a los demás y a uno mismo de un modo mucho más humano.

En la adversa fortuna suele descubrirse al genio, en la prosperidad se oculta

Saber sacar de la dificultad una enseñanza responde siempre a una gran sabiduría. Y esto es aplicable a la vida personal, a la vida familiar, a la profesional o a la de relación. La historia apenas conoce casos de grandeza, de esplendor o de verdadera creación, que hayan tenido su origen en la comodidad o en la vida fácil. En la adversa fortuna suele descubrirse al genio, en la prosperidad se oculta, afirmaba Horacio.

Alfonso Aguiló

Dame un hombre de verdad

Minette Marrin comenta en *The Sunday Telegraph* la tendencia que lleva a ver sólo los aspectos negativos de la virilidad.

"Androfobia" es una palabra que apenas existe, pero el desprecio del varón es algo que vemos por doquier. Hay quienes sostienen que las mujeres viven mejor sin los hombres. Shere Hite, en su *Report of the Family*, llegó a afirmar que los jóvenes tienen más éxito en la vida si se educan sin padre: los criados con la menor influencia paterna posible están mejor emocionalmente, son menos tímidos, se relacionan mejor con las mujeres y saben conversar mejor.

Por último, llevando la androfobia hasta el absurdo, una socióloga norteamericana escribió un libro titulado *Men Are Not Cost Effective* ["Los hombres no son rentables"], en el que propone que, puesto que casi todos los presos y casi todos los asesinos son hombres, y puesto que los hombres cometen tres de cada cuatro delitos no violentos, cuestan al contribuyente más que las mujeres, y por tanto, deben cargar con un impuesto especial por razón de su sexo.

Hay algo grandioso en los hombres que no se quejan ni se hunden cuando llega la adversidad: este fuerte e implícito estereotipo es masculino, no femenino

Para las mujeres a quienes nos gustan los hombres, ha sonado la hora de defender la masculinidad y las virtudes masculinas. Abajo las andrófobas. Las mujeres auténticas no queremos el Hombre Nuevo, ni el Hombre Neutro, ni el Hombre Acomplejado. Las mujeres auténticas queremos hombres auténticos. Naturalmente, los hombres auténticos pueden ser muy pesados. Son agresivos y dominantes, y ciertamente, si no han sido bien educados a menudo causan muchos problemas. Además, es difícil perdonar siglos de despiadada misoginia. Pero toda virtud tiene sus incovenientes, y su precio. Y las virtudes masculinas de valentía, decisión, inventiva y actitud protectora son tan importantes como las virtudes femeninas más delicadas, de las que ahora oímos hablar muchísimo más.

Cualquier mujer a la que le gusten los hombres alguna vez debe de haberse sentido tocada en lo hondo por algunas virtudes masculinas. ¿Qué tiene de malo, por ejemplo, saber mantener el tipo? Nada, a no ser que se confunda la represión neurótica con la fortaleza para dominar los sentimientos (confusión frecuente en la cultura de la psicoterapia).

Hay algo grandioso en los hombres que no se quejan ni se hunden cuando llega la adversidad: este fuerte e implícito estereotipo es masculino, no femenino. Los hombres auténticos se urgen a trabajar, y muy a menudo encuentran el mundo exterior más absorbente que el mundo doméstico. Así es como consiguen hacer cosas difíciles. A las mujeres auténticas no les importa: muchas de ellas sienten lo mismo. Y, puesto que los hombres auténticos tienden a ser indóciles y mandones, a las mujeres auténticas no les gustan que disfruten cambiando pañales. Y tampoco los hombres a los que ellas pueden obligar a cambiar pañales.

Reirse, ¡Qué saludable!

Existe un dicho que afirma que "los hijos son la alegría del hogar". Y, sin embargo, todos los que tienen hijos pequeños –y no tan pequeños– han experimentado la tensión continua que supone el esfuerzo por educar bien a los hijos. Puede que estemos tan centrados en ayudarles a portarse correctamente, a adquirir buenos hábitos que nos olvidemos que también necesitan bromear y reír...

Efectivamente, nuestros hijos necesitan autoridad y disciplina, pero la infancia también necesita un tiempo para reirse. Casi puede decirse que nuestros hijos se encuentran en la edad de la risa: fácil, espontánea, continua, por tonterías... feliz. Se encuentran en la edad para hacer del buen humor una forma de ser, una postura ante la vida. Fomentárselo les ayudará a contar con recursos para superar problemas y disgustos.

Nuestros hijos han de ser capaces de enfrentarse a las dificultades de la vida, pero también han de ser capaces de recordar su infancia como una época feliz, unos años de risas continuas (junto a nuestra exigencia, que también es igual de necesaria). Y, para ello, hay que aprender a reírse en familia.

Hogares poco risueños

Los hijos necesitan un ambiente en el que, habitualmente, se esté de buen humor. Y, cuando no es así, ese hogar va cayendo poco a poco en un sopor parecido a la tristeza, que nunca es productiva ni libera en nada de los problemas.

Probablemente, no existan ya las severas familias decimonónicas que aparecen en las novelas de Charles Dickens, en las que las risas estaban prohibidas y se consideraban como algo casi profano. Sin embargo, sí podremos reconocernos más en aquellos padres que llegan cansados de trabajar y que lo único que les apetece es ver el partido de la televisión o leer el periódico. O aquellos padres, quizá ya por encima de la cuarentena, que piensan que lo de jugar y reír con los hijos ya ha pasado para ellos. O aquellos padres, buenos, tranquilos, nada gruñones... pero serios habitualmente que no suelen sonreír.

Divertirse

Pero para ganarse el afecto de los hijos es necesario que nosotros dejemos los problemas fuera de la casa. Y lo mismo que nos proponemos besar a nuestra mujer o marido al llegar, también nos decidamos a sonreír. Estar de buen humor no cuesta tanto y, además, es mucho más gratificante. Hay que esforzarse por sonreír, aunque a veces se haga difícil. Así acabará por enraizarse en el carácter un sólido sentido del humor.

En definitiva, los hijos aman a aquellos que tienen tiempo no sólo para enseñarles, sino para divertirse con ellos. Por lo tanto, podemos buscar las mil y una ocasiones que presta la vida normal para convertirse en carcajadas, es decir, para reírnos con nuestros hijos.

Cómo reír

Cuando nuestros hijos eran más pequeños, incluso ya de bebés, nosotros les enseñamos a reír al hacerles caricias, cosquillas, masajes y muecas. Pues nosotros somos los mismos y ellos también, y quizá ahora, con ocho o diez años, les sigan haciendo gracia esa mueca nuestra especial.

Es el momento de continuar riéndose en familia, con más

frecuencia y con las más simples "tonterías": ante las preguntas impertinentes o ingenuas de los pequeños, ante el desastroso resultado de una torta casera preparada por ellos. Ver a sus padres riéndose habitualmente –y serios y preocupados cuando haga falta, aunque sin perder la serenidad– les ayudará a adquirir las bases de una personalidad segura.

Humoristas profesionales

Los hijos son unos excelentes humoristas y tienen siempre muchas ganas de reír. Podemos aprovecharnos de esta característica continuamente. Una situación tensa puede solucionarse con un gesto del padre simulando la terquedad del hijo o una frase maliciosa de la madre. Muchas veces un rasgo de humor servirá para salvaguardar el tesoro de la autoridad al no tener que ejercerla. El humor sirve para relajar un ambiente tenso y pone aceite lubricante al engranaje de la autoridad.

No pensemos que debemos ser muy ocurrentes y graciosos, o que nos pasemos todo el día contándonos chistes. Pero buscar, de vez en cuando, frases amables y divertidas, comparaciones precisas y oportunas, y hasta tratar de imitar sus actitudes, puede servirnos para que ellos comprueben lo desfasado y hasta ridículo de muchos de sus comportamientos.

Por otro lado, tampoco puede acomplejarnos la realidad de nuestra carencia de dotes interpretativas y agudeza mental para contar chistes, o acertar con un gesto o frase. Actuamos ante un público predispuesto a favor.

Con confianza

El ambiente risueño es propicio a la confianza y a la confidencia. Quizá así podamos entrar en intimidades que de otra forma nos serían vedadas. Además, el humorismo nos permite siempre una salida airosa en nuestras reprimendas o castigos: el humor es un signo visible de cariño que se trasluce en el deseo de hacer llegar suavemente un mensaje. Porque la alegría y el optimismo de nuestro hogar debe basarse en el amor.

Ricardo Regidor

Para pensar

- Siempre hay "momentos tontos" a lo largo del día (viajes, colas en el supermercado) que puedes aprovechar para hacer reír a los hijos, recordando anécdotas divertidas, contando algún chiste, diciendo alguna frase ocurrente...
- Sorprende a tus hijos con "locura": actúa como Romeo y Julieta con tu mujer o marido, pon voces raras imitando a ciertos personajes.
- El humor y el optimismo son factores formidables para avivar la inteligencia. Propón a tus hijos que organicen ellos una salida familiar, o una tarde especial.
- Puede ocurrir que los chistes que cuenten los hijos no tengan gracia. Al menos, puedes intentar escucharlos o reírte para que poco a poco vayan aprendiendo a soltarse. Es un buen medio para que se acostumbren a hablar en público.
- Hay que enseñarles a disfrutar de las cosas sencillas y cotidianas presentes en la vida. Hacer de un simple paseo dominical toda una aventura, disfrutar de la conversación o de una cena.
- También hay que dejarles claro que la vida no es sólo reírse a todas horas; hay situaciones (visitas, momentos de descanso) en las que hay que saber comportarse, lo mismo que hay conversaciones serias (por ejemplo, sobre los estudios).

...Y actuar

Realiza, de vez en cuando, una "supernoche familiar": pueden reunirse en la sala de estar, contando historias, chistes, comiendo cotufas... Será muy divertido.

La epidemia de invalidez en el Estado del bienestar

En varios países europeos, un increíble número de personas tienen incapacidad laboral.

En los países de Europa occidental, todos los indicadores sanitarios –morbilidad, esperanza de vida...– reflejan la buena salud de la población. Es decir, todos menos uno: si se da crédito a las cifras oficiales, hay cada vez más personas menores de 65 años afectadas de enfermedades o accidentes invalidantes. Esta inverosímil epidemia cuesta al Estado una fortuna en pensiones.

El virus de la incapacidad laboral se ha difundido ampliamente en los países europeos donde el Estado del bienestar es generoso. En Holanda, los inválidos son el 13% de la población en edad laboral. Los porcentajes más altos se dan entre la gente de 55 a 64 años: 22% en Holanda, casi el 20% en Austria, el 57% en Noruega. En este último país el crecimiento ha sido rápido, pues la proporción estaba por debajo del 40% en 1985.

En Gran Bretaña, uno de cada cuatro hombres de 60-64 años sufre, oficialmente, incapacidad laboral. En total, el 8% de los británicos en edad de trabajar reciben pensiones por invalidez o enfermedad, que se han convertido en la mayor partida dentro de los pagos de la Seguridad Social. El gasto en este capítulo se ha cuadruplicado desde los años 70, hasta alcanzar en la actualidad 25.000 millones de libras anuales, un cuarto del presupuesto de la Seguridad Social. En tres años (1995-1998), las pensiones por invalidez aumentaron en cerca de 300.000, mientras los subsidios de desempleo bajaban un 40%, de 2,2 millones a 1,3 millones.

Si se suman todas las pensiones y subsidios sociales, unas 30 millones de personas en Gran Bretaña –la mitad de la población– reciben algún tipo de ayuda estatal. El gobierno laborista, que desea recortar los gastos de la Seguridad Social para destinarlos a educación y sanidad, presentó un proyecto de ley que prevé controles más rigurosos para comprobar si la invalidez es real.

Las pensiones de invalidez sirven muchas veces como regímenes de jubilación anticipada

Gran parte de los inválidos –en Gran Bretaña y en otros países–, en realidad son desempleados, comenta *The Economist* (22-V-99). Así hace sospechar la exagerada aparición de incapacidades en los diez últimos años de vida laboral. Los que a esa edad pierden el empleo suelen tener dificultad para encontrar otro, porque son poco competitivos. Por eso muchos recurren a pedir la declaración de invalidez, cosa que hacen con la complicidad de los gobiernos, deseosos de que no suba la tasa de desempleo. Las pensiones de invalidez sirven así como regímenes de jubilación anticipada.

Heroísmo hasta el final

Precisamente cuando son evidentes las limitaciones físicas de Juan Pablo II, destaca más su fuerza interior, comenta el escritor Juan Manuel de Prada en ABC (Madrid, 14-VI-99).

De unos años acá, se ha desarrollado un debate mediático sobre la salud del Papa Wojtyla. Parece que se estuviese insinuando: ¿qué signos de vitalismo podemos esperar de una institución que confía su jefatura a un viejo chocho?

Cada uno de sus viajes pastorales se convierte en una excusa renovada para que esta legión de carroñeros lancen sus pullitas; el último tropezón del Papa de Polonia, saldado con una brecha que condecora su cráneo, ha desatado un nuevo carfanaum de comentarios chistosos o mostrencos.

Prescindiendo de adhesiones religiosas, quisiera hoy mostrar mi admiración por ese viejo que agota sus días en el cumplimiento de la misión que le ha sido asignada. Como el soldado que siente una y otra vez el beso cruento de la espada pero se niega a abandonar el campo de batalla, Wojtyla merece el aplauso y la reverencia que se profesa a los héroes, esa especie en peligro de extinción. Que, en pleno desprestigio de la vejez (una edad que la agresividad analfabeta de nuestras sociedades ha desterrado a un arrabal de piadosa desidia), un hombre decida exponer al escrutinio público las heridas minuciosas que los años le han ido dejando y se levante cada mañana, sobreponiéndose al reúma y a las cicatrices del alma y de la carne, para seguir pronunciando su verdad refractaria a las modas, me parece un espectáculo de incalculable belleza.

Esa vejez fecunda que se inmola ante las multitudes constituye uno de los emblemas más esperanzadores de una civilización que ya agoniza. Quizá no creamos en el evangelio que propaga, ni en la jerarquía que lidera, ni en la raíz divina de su mandato, pero la valentía de un viejo que carga con la cruz de una existencia extenuadora, para seguir ejercitando su vocación, no puede ser despachada con una sonrisita sarcástica.

Hay demasiada abnegación en su gesto, hay demasiado heroísmo en su figura envejecida, hay demasiado entusiasmo en la actitud de un viejo que prefiere el polvo del camino a la molicie de su palacio vaticano.

Hoy, cuando tantos politicastros y titiriteros de la demagogia se esfuerzan por preservar un aire juvenil, temerosos de que los sondeos de popularidad anuncien su declive, se agiganta la figura de Wojtyla, ese viejo fatigador del atlas. No se me ocurre imagen más enaltecedora y vitalista que la de un anciano queriendo morir con las sandalias puestas y los labios bautizados de palabras.

Hay demasiada abnegación en su gesto, hay demasiado heroísmo en su figura envejecida, hay demasiado entusiasmo en la actitud de un viejo que prefiere el polvo del camino a la molicie de su palacio vaticano

Superar la infertilidad puede ser una aventura

La fecundación *in vitro* permite superar en algunos casos los problemas de infertilidad, pero a menudo se olvidan los imprevisibles efectos psicológicos en la pareja y las posibles disfunciones sexuales.

Con frecuencia, los tratamientos contra la infertilidad se convierten en una interminable aventura de consecuencias imprevisibles para las relaciones de pareja y para la salud mental de sus miembros. En este sentido, podría decirse que el exceso de confianza en la ciencia ha dado lugar a un optimismo que, a su vez, ensombrece otras facetas no menos importantes. Por ejemplo, es frecuente que un tratamiento desencadene una crisis de pareja larvada hasta entonces o que provoque falta de apetito sexual que, en casos extremos, llega a la impotencia.

Es cierto que las técnicas de reproducción asistida permiten aliviar mucho dolor a las parejas infértiles, pero también abren la puerta a la satisfacción de deseos, incluso inconscientes, cuyas consecuencias deberían analizarse antes. La opinión de algunos expertos es que el ímpetu desmedido por tener un hijo es un mal síntoma, un signo de que algo puede estar fallando.

La opinión de algunos expertos es que el ímpetu desmedido por tener un hijo es un mal síntoma, un signo de que algo puede estar fallando

Puede llegarse a la paradoja de que para huir de un sufrimiento, se provoque otro mayor. Es frecuente ver a hombres que quieren sortear como sea el obstáculo de su infertilidad porque se les ha convertido en un insoportable cuestionamiento de su virilidad. O mujeres que de pronto ven sus vidas vacías de identidad por la imposible maternidad. Los sentimientos de culpa hacen el resto para que uno u otra, o los dos a la vez, se agarren a las técnicas de fertilización como la tabla de salvación para su naufragio. Por eso no es extraño que al hurgar en los recovecos de la intimidad aparezcan conflictos que a veces hacen saltar por los aires una pareja cuyas relaciones eran aparentemente buenas.

También ocurre que la búsqueda ansiosa del hijo provoca un deterioro de las relaciones sexuales. Algo que casi nadie niega es que los tratamientos, que pueden durar años, producen una pérdida de intimidad total y que la sexualidad queda despojada de todo romanticismo. Las parejas tienen que programar sus actos sexuales según un calendario diseñado en el laboratorio, rodeado de tecnología, equipos de asistentes, leyes reguladoras e incluso comités de bioética que definen las condiciones del acto.

Los especialistas describen casos frecuentes de hombres que desarrollan impotencia cuando el sexo se convierte en una obligación programada por el tratamiento contra la infertilidad. Algunos estudios detectan que los tratamientos de infertilidad pueden provocar en las parejas conflictos de relación, baja autoestima sexual, reducir la frecuencia de sus contactos sexuales e, incluso, una bajada en la producción de esperma.

EL BAÚL DE LOS VIDEOS

Enemigo público (*Enemy of the State*)

Director: *Tony Scott.*
Guión: *David Marconi.*
Intérpretes: *Will Smith, Gene Hackman, Jon Voight.*
110 min.

Un abogado negro es acosado tras implicarse accidentalmente en el oscuro asesinato de un congresista, relacionado con la Casa Blanca. Tony Scott (*Marea roja*) dirige un sólido filme, con una atmósfera inquietante que no concede respiro al espectador. Los actores están grandiosos.

Aparte del vertiginoso ritmo de la película, la trama desarrolla el apasionante mundo de las telecomunicaciones en su versión de espionaje, micrófonos y lentes de largo alcance.

Prácticamente durante toda la película, el personaje que encarna el actor Will Smith se ve acosado por su enemigo que no logra perderle el rastro gracias a los adelantos de las nuevas tecnologías. Gene Hackman será el gran aliado de Smith contra sus perseguidores.

Legítima defensa (*The Rainmaker*)

Director y guionista: *Francis Ford Coppola.*
Intérpretes: *Matt Damon, Danny DeVito, Claire Danes, Jon Voight, Mary Kay Place, Mickey Rourke, Dean Stockwell.*
135 min.

Rudy, un joven de baja extracción social, acaba de concluir Derecho y no le resulta fácil comenzar el ejercicio profesional como abogado. La oportunidad le llega en un despacho de dudosa fama, donde lleva varios casos con la inestimable ayuda de Deck, un charlatán que acabó sus estudios con años de retraso, y que no ha superado el examen para ejercer en los tribunales.

Enésima adaptación de una novela de John Grisham, pero esta vez con padrino de excepción: Francis Ford Coppola, que firma el guión y dirige. Aunque el material que maneja suene a mil veces visto, su soltura como narrados consigue una película más que aceptable. Por una parte, sabe hacer un retrato atractivo del joven idealista que, como moderno Don Quijote, trata de deshacer los entuertos de sus humildes clientes. Le acompaña en sus andanzas un Sancho Panza (genial Danny DeVito), que aporta el contrapunto cómico y del sentido común. No falta la hermosa Dulcinea, una joven maltratada brutalmente por su marido, a la que Rudy representa y de la que se enamora. Ni los gigantes –que al fin son, no podía ser de otra manera, simples molinos de viento–, en forma de abogados deshumanizados, representantes de una todavía más deshumanizada compañía de seguros.

En la película tampoco falta su omnipresente referencia a la familia: se toca en la unión entre el joven enfermo y sus padres, y en la de Rudy con sus clientes o con el fiel Dick; y resalta por contraste un matrimonio desgraciado y esa empresa con una legión de abogados pero sin un ápice de preocupación por el cliente o sus empleados. El poder, otro de sus temas favoritos, resulta no ser tan poderoso como se pensaba. Y es que, en el fondo, grandes o pequeños, todos tenemos los pies de barro.

Estado de sitio (*The siege*)

Director: *Edward Zwick.*
Guión: *Lawrence Wright, Edward Zwick y Menno Meyjes.*
Intérpretes: *Denzel Washington, Bruce Willis, Annette Bening, Tony Shalhoub.*
116 min.

Una serie de atentados terroristas musulmanes siembra el pánico en Nueva York. Se decreta la ley marcial y el FBI se enfrenta al ejército para salvar las libertades democráticas.

Después de un secuestro de una jefe árabe realizado por el ejército de Estados Unidos en el desierto del Medio Este, unos terroristas comenzaron a atacar varios puntos de Brooklyn. En consecuencia, Anthony Hubbard (Denzel Washington), el jefe a cargo del terrorismo en los departamentos de FBI/NYPD, junto con el compañero Frank Haddad (Tony Shalhoub), inmediatamente se pusieron en acción.

Hubbard descubre que Elise Fraft (Annette Bening), es una agente activa de la CIA, al descubrirla husmeando alrededor de un autobús destrozado en uno de los ataques. Sabiendo que ella está fuera de su jurisdicción, Hubbard la detiene, pero pronto se da cuenta de que su conocimiento acerca de las relaciones americanas-árabes le serán útiles hasta que los terroristas aparezcan a ser parte de algún grupo árabe militante.

Regálale buenos recuerdos

Un día un niño recibió un encargo de su madre:
–Lleva esta botella de vino a casa de los tíos.

El niño feliz por la muestra de confianza, cogió con fuerza la botella dispuesto a cumplir con el encargo. Antes de salir, su madre le recordó:
–Ten cuidado que no se rompa, hijo.

Al poco tiempo, según se acercaba a una gasolinera, el paso del niño se hizo más alegre, a la vez que movía los brazos. La botella seguía el ritmo de sus pequeños saltos. Hasta que, de repente, un poste se colocó en el camino de la botella y se rompió en mil pedazos, derramándose todo el contenido.
Apesumbrado, volvió a su casa. Temía los regaños de su madre, pero cuando llegó, ésta, viendo su cara de pena, volvió a darle otra botella de vino:
–Ten cuidado esta vez, hijo.

No se esperaba aquello y aquél niño se propuso cumplir el encargo como fuera. Abrazó con fuerza la botella, dispuesto a defenderla de cualquier ataque. Al llegar de nuevo a la gasolinera, patinó con una mancha de aceite, se cayó y la botella volvió a romperse. De camino a casa, le invadió una gran tristeza; no sabía cómo contárselo a su madre. Pero ella, comprendiendo lo que había ocurrido y aguantándose cualquier reproche, le dió otra botella:
–Hijo, ten mucho cuidado.

En aquella ocasión, por supuesto, la botella llegó a su destino y a aquél niño no se le olvidó en la vida la muestra de confianza de la que había sido objeto.

Publicación mensual producida por
Luis Felipe Capriles, editor.
Coordinación: María Denisse Fanianos de Capriles
Imprime: Organización Gráficas Capriles
Tele/Fax:
Distribución por suscripción colectiva.

Consejos prácticos para ayudar a personas gravemente enfermas

- Reza por mí y comparte tu fe conmigo.
- No me evites. Sé el amigo...la persona querida que siempre has sido.
- Tócame. Un simple apretón de manos puede decirme que te sigo importando.
- Llámame para decirme que me vas a traer mi plato favorito y dime cuándo vienes. Trae la comida en empaques desechables, de modo que yo no tenga que preocuparme por devolverlos.
- Cuida a mis hijos por mí. Yo necesito algún tiempo para estar a solas con la persona que amo. Mis hijos también pueden necesitar una pequeña vacación de mi enfermedad.
- Llora conmigo cuando yo llore. Ríe conmigo cuando yo ría. No temas compartir esto conmigo.
- Pide mi lista de compras y haz una entrega especial a mi casa.
- Llámame antes de venir a visitarme, pero no temas visitarme. Te necesito.
- Ayuda a mi familia. Yo estoy enferma, pero ellos pueden estar sufriendo también. Ofrécete para estar conmigo y que ellos puedan tener un descanso. Invítalos a salir. Llévalos a conocer lugares.
- Hablemos del tema. Tal vez necesite hablar de mi enfermedad. Averigua, pregúntame si estoy de ánimo para hablar de eso.
- No sientas que siempre tenemos que hablar. Podemos estar juntos en silencio.
- ¿Puedes llevarnos a mí o a mis hijos a alguna parte? Yo puedo necesitar transporte para ir a un tratamiento, a la tienda, al médico.
- Ayúdame a sentirme bien de apariencia. Dime que me veo bien, teniendo en cuenta la enfermedad.
- Háblame del futuro. Mañana, la semana entrante, el año que viene. La esperanza es muy importante para mí.
- Tráeme una actitud positiva. ¡Es contagiosa!

Centro de Salud de Saint Anthony